

Caos entre la 96a y el aeropuerto

Josep ST

96a

Capítulo 1

Capítulo 1

— Un billete para el aeropuerto de Berlín Brandenburgo por favor. El de las 11:44 — dije.

— Son 3'50€ — añadió el taquillero.

— ¿Qué? ¿Tan caro? ¡Si solo son cinco paradas!

— Lo sé señor. En Berlín, el transporte público es muy caro.

— Ya lo veo ya. En fin, que remedio. Deme el billete por favor. Por una vez que utilizo el tren...

— De acuerdo. Aquí tiene. Antes de subir al tren tiene que validar el billete. Cuando suba al andén vera que hay unas máquinas rojas. Tiene que meterlo por la ranura y volver a sacarlo. Si no lo valida y el revisor le pide el billete, le pueden multar, ya que no estará validado.

— ¿Sabe a cuanto asciende la multa? Quizás sería mas rentable no comprar el billete.

- Son 60€. Tiene dos semanas para pagarla. En caso de que no lo haga, el precio de la multa iría subiendo.

— Mejor compro y valido el billete. Gracias, muy amable.

Cogí el billete que el taquillero me ofreció, y mi maleta con ruedas. Me dirigí al andén número 3, a esperar el tren 45 que me llevaría al aeropuerto.

Era una mañana cálida de verano, unos treinta y cinco grados. Totalmente despejado, ninguna nube a kilómetros de distancia a la redonda, como mucho alguna estela de un avión que había pasado anteriormente. Sudaba por todas las partes del cuerpo, aun estando quieto, sin hacer absolutamente nada. Soplaban una ligera brisa del noroeste, lástima que el aire fuese cálido. Me refugié del sol debajo del techo de la estación, sentado en un banco de metal, que por cierto, estaba más caliente que el palo de un churrero. Era sentarte allí y tenías la sensación de estar tocando aceite caliente con el culo.

Me quedé allí sentado observando mi maleta. Color azul, con cuatro ruedas, y hecha de policarbonato. Digo maleta por decir algo, porque era más antigua que Tutankamón. Había dado mas vueltas que un ventilador. De las cuatro ruedas, dos no rodaban y una estaba torcida. Sobre el color

azul, bueno que decir, se acercaba más a un color negro que otra cosa. Y de la forma ya ni hablamos. Empezó siendo rectangular, y ahora por lo menos es un icoságono. Podría ser perfectamente una reliquia de la guerra de Vietnam.

En fin, pasados unos seis minutos, llegó el tren. Un tren bastante nuevo, más que mi maleta. Era de color rojo y amarillo, como la bandera de España. Tenía unas ventanas enormes y ocho vagones. En total unos 140 metros de largo.

Se abrieron las puertas del tren y entré. Desgracia la mía, si afuera hacía calor, allí dentro hacía el doble.

Capítulo 2

Capítulo 2

Subí al tren por subir. Podría haber ido en taxi por ejemplo, o en bus, que al menos hay aire acondicionado, pero no, me tuve que meter en ese horno a 400 grados.

Quince minutos de trayecto en tren por delante, pasando por Johannisthal, Adlershof, Altglienicke, Grünbergallee y finalmente el aeropuerto. Me senté en la parte donde no pegaba el sol, algo bueno dentro de lo malo. No sabía si iba a aguantar, pero allí estaba, en un tren sin aire acondicionado en pleno verano. Eso era lo malo de estos trenes, ya que solo tienen calefacción. En invierno se está muy calentito dentro, pero en verano el calor que hace es insoportable. Así que ustedes ya saben, si algún día van a Berlín en verano, piénsenlo dos veces antes de subir a un tren. Lástima que sea uno de los principales medios de transporte público en la ciudad.

Durante el viaje contemplaba el bello paisaje de Berlín. Mayormente eran casas, edificios y zonas verdes, muchas zonas verdes. Por el momento el tren iba paralelo a Bundesstrasse 96a, una autopista federal de 56km. Iba desde el barrio de Mahlow hasta Binkerwerden, prácticamente la otra punta de Berlín, ya a las afueras.

Al cabo de un par de minutos el tren paró en la estación de Johannisthal, anteriormente llamada Betriebsbahnhof Schöneweide. Bajaron unos pocos pasajeros y subieron otros tantos. No es que sea una estación muy concurrida que digamos. Un minuto después las puertas se cerraron y el tren prosiguió su marcha.

— iTickets, bitte! iBilletes, por favor! — se escuchó.

Capítulo 3

Capítulo 3

Miré hacia el interior del vagón. Vi a dos hombres, yo diría que eran de Turquía, sin uniforme de ningún tipo, vestidos de paisano, que pedían el billete a todos los pasajeros del tren. Desgracia la mía, yo tenía billete, pero me había olvidado de validarlo, es que soy tonto, pero no para un rato no, tonto del todo, para siempre, itonto! Me entraron unos sudores por el cuerpo, si es que aún podía sudar más. No sabía que hacer. Empecé a pensar como podía escapar de aquella situación, como evitar la multa de 60€. Mi cerebro se puso en funcionamiento, y rápidamente se me ocurrió una idea no muy buena. Hacerme el dormido.

— Señor, tickets por favor — dijo uno de los revisores.

Yo continuaba haciéndome el dormido. Como si no le escuchara.

— Señor, le estoy hablando, tickets por favor — dijo de nuevo, pero esta vez sacudiéndome y perdiendo la paciencia.

Abrí los ojos, que remedio. Me estaba descojonando de la risa por dentro.

— Eh, ¿que, dónde estoy? — comenté fingiendo un poco más de la cuenta.

— En un acuario con los delfines, si le parece. Deme su billete — añadió el revisor, ya totalmente cabreado.

— ¿Billete?, ah si claro. Ahora lo busco señor.

De acuerdo, tenía una táctica pensada para escapar de los dos revisores. Busqué el billete como si no supiera donde lo había metido, aunque me acordaba perfectamente, estaba en mi cartera, en el bolsillo izquierdo de mis pantalones. Busqué en mi bolsillo derecho, en los bolsillos de mi chaqueta, que eran tres, dos interiores y uno exterior, dentro de mis zapatos, en el bolsillo de la parte de atrás del pantalón, y finalmente, cuando ya no sabía donde buscar más, metí la mano en mi bolsillo izquierdo para sacar la cartera.

— No tenemos todo el día, ¿tiene billete o no?

— Si claro. Tener lo tengo, como un hijo tiene al padre, otra cosa es saber cual es.

Abrí la cartera y salieron como mínimo unos treinta billetes de todo tipo, de bus, de metro, de tranvía, de un partido de fútbol, de una compra que

hice hace semanas...

El tren empezó a frenar, se acercaba a Adlershof. Entonces yo saqué el billete correcto, sin validar claro, y se lo entregué a uno de los revisores. El otro estaba a su lado, mirándome con cara de asco.

— Este billete es de hoy, pero no está validado, tiene que pagar una multa.

— ¿Validado? Entonces esa señora de ahí tiene que pagar una multa también — dije señalando el fondo del vagón.

Los dos revisores se giraron hacía atrás. Al mismo tiempo el tren se detuvo en la estación, y un hombre abrió la puerta para entrar.

Ahora es cuando pongo en práctica mi táctica. Salí corriendo del tren, como Alphonso Davies en un contraataque del Bayern de Múnich*, a toda velocidad, con mi maleta bajo el brazo.

— ¡Alto! ¡Alto! ¿A dónde va? — dijeron los dos revisores a la vez, corriendo detrás de mí.

* Alphonso Davies (Buduburam, Ghana), es el futbolista más rápido del mundo. Actualmente juega en el Bayern de Múnich, equipo de la primera división alemana.

Capítulo 4

Capítulo 4

Como iba diciendo, salí a toda velocidad del tren en dirección a las escaleras. Los dos revisores detrás de mí, persiguiéndome a duras penas.

Bajé las escaleras y giré a la izquierda, hacía Rudower Chaussee, una calle bastante ancha. No sabía exactamente hacia donde dirigirme, no había ningún sitio para esconderme. Suerte la mía, vi un taxi parado y libre, a unos treinta metros. Me giré un instante hacia atrás para ver si los revisores seguían detrás mía, y en efecto, ahí estaban. Hice un último esprint para llegar al taxi. Le hice una señal para que no se fuera.

Exhausto llegué al taxi. Abrí la puerta de atrás y entré.

— Al aeropuerto de Berlín Brandenburgo, terminal 5 por favor.

— De acuerdo — dijo el chófer.

El taxi arrancó en dirección al aeropuerto. Por la ventana vi a los dos revisores de pie en la calle, impotentes, sin poder evitar mi huida. Yo les decía adiós con la mano en un tono burlesco mientras mi cara reflejaba una gran sonrisa.

Por fin, estaba en un sitio con aire acondicionado, se agradecía mucho. Ahora podía contemplar el paisaje con más comodidad, sin pasar tanta calor, y más después de mi carrera para escapar de las manos de los revisores.

El conductor del taxi era turco, de unos cuarenta años, poco pelo, prácticamente calvo. Vestía con una camisa blanca de Ralph Lauren, pantalones largos del Primark, y gafas de sol de Gucci. Fuimos hablando durante todo el trayecto. Me dijo que tenía dos hijos, de cuatro y seis años. Su esposa vivía en Turquía, en Ankara. Era inspectora de seguridad de una central nuclear. El chófer y sus dos hijos vivían en Alexanderplatz, justo al lado de la torre de la televisión, de 368 metros de altura, en el centro de la ciudad. El chófer había tenido muchos trabajos antes de ser taxista. Empezó vendiendo kebabs en Karlshorst, justo al lado de la estación de Antonplatz, luego trabajó de jardinero en el estadio olímpico de Berlín, también fue camarero en una bolera, y finalmente, antes de ser taxista, fue fotógrafo de aviones.

Llegamos al aeropuerto en trece minutos, se me pasaron muy rápido, ya que había tenido una conversación muy agradable con el chófer. Paró el

coche justo al lado de la entrada de la terminal.

— Ya estamos amigo — dijo parando el taxímetro —, son 30€.

— Muy bien, ahora le doy el dinero.

Saqué la cartera de mi bolsillo izquierdo, y no me podía creer lo que veían mis ojos, no tenía dinero en efectivo.

Capítulo 5

Capítulo 5

Era el colmo, no tenía efectivo. ¿Y ahora qué? A pensar un plan de huida, otra vez. A mi parecer era más fácil escapar ahora, que antes en el tren. Así que se me ocurrió una idea muy rápidamente.

— Ahora le pago, estoy buscando los billetes — dije mientras abría la puerta de atrás del taxi.

— Claro, tranquilo amigo, no hay problema.

Hice como si sacara la cartera de mi bolsillo, aunque en realidad me estaba preparando para coger mi maleta y salir corriendo.

— ¡Mire, un Boeing 747-800 de Lufthansa! — comenté con una cara de asombro, señalando hacía delante.

El taxista giró la cabeza para contemplar el supuesto avión. En ese instante, yo salí del taxi y corrí hacia el interior de la terminal 5.

— No veo el avión — dijo el taxista girándose hacia mí — ¿Amigo? ¿Pero dónde está? Maldita sea, se ha ido sin pagar.

El taxista salió a buscarme, pero era demasiado tarde. Yo ya estaba metido entre la multitud de la terminal. Veía al taxista desde el interior, a través de la enorme cristalera que había, pero el no podía verme.

Me dirigí rápidamente hacía el control de seguridad, quedaban apenas 50 minutos para la salida del vuelo. No tenía que facturar, así que me ahorrraba un tiempo precioso. Para variar, los policías del control de seguridad eran turcos, pero esta vez, no hubo ningún altercado.

Unos diez minutos más tarde ya estaba en la puerta A23, preparado para embarcar.

— Buenos días señores pasajeros. Bienvenidos al vuelo FR110 con destino Palma de Mallorca. Preparen la tarjeta de embarque y el pasaporte para ser inspeccionados, gracias — anunció una chica por megafonía.

Era el primero en la cola, así que iba a ser el primero en embarcar.

— Buenos días, su tarjeta de embarque y pasaporte señor.

— Sí claro, aquí tiene la tarjeta de embarque y mi pasaporte... Un

momento, no lo encuentro.

De nuevo, empecé a sudar como un pollo. Me entraron unos sudores fríos por todo el cuerpo. No encontraba mi pasaporte, ni mi cartera. No podía recordar donde me la había dejado, o si se me había caído en algún lado. Estuve un par de minutos dándole vueltas hasta que lo vi todo claro.

— Ostras, ahora me acuerdo, se me debe haber caído cuando salí corriendo del taxi.